

HISTORIA DE UN MILAGRO

Pseudónimo del autor: *DEVA*

El 21 de diciembre de 1978 Madrid iba a amanecer nevado. La noche bendijo a la capital con una persistente nevada que la pilló de sorpresa e hizo que, a las 4 de la mañana la carretera de La Coruña, tuviera placas de hielo tan densas que conducir se convirtiera en un acto temerario. En fin, una madrugada para quedarse en casa. Pero cuando un bebé llama a las puertas de la vida, y parece hacerlo con prisas, no hay nieve que valga. Así que, mal que bien, llegamos desde Majadahonda, ateridos y asustados por los muchos patinazos, a la Clínica del Rosario, en pleno barrio de Salamanca, a las 4,35 de la mañana. Yaiza llegó al mundo a las 4,50 del 21 de diciembre de 1978, casi sin darme tiempo a quitarme el abrigo. Demasiado deprisa, dijo el doctor Hernández, días después.

Cuando la pusieron en mis brazos, una princesita en miniatura, silenciosa y risueña, abrió los ojos, echó una ojeada a su alrededor, los cerró de nuevo y dejó de respirar. No, no son alucinaciones perinatales de una madre fantasiosa: Yaiza —que aún no sabía que iba a llamarse Yaiza— contempló lo que la rodeaba y dejó de respirar. Cualquiera diría que lo que vio no le gustó en absoluto. O quizá aún le agradó menos la premonición de las experiencias que habría de afrontar en esta vida. Porque no olvidemos —y esto tampoco son elucubraciones de madre visionaria— que los bebés llegan a este mundo con la consciencia despierta al más allá del que provienen, un más allá al que, durante un tiempo, aún los une, un cordón umbilical invisible, pero no por ello menos real, que los fusiona a unas memorias que la civilización y los paradigmas sociales todavía tardarán cierto tiempo en cercenar.

Con frecuencia me he preguntado qué hubiera pasado si las prisas que imponen su ritmo a los protocolos médicos no hubieran contribuido a cortar el cordón umbilical con tanta rapidez, si hubieran puesto a la niña en mis brazos, antes de cortárselo, dando tiempo a sus adormecidas neuronas a espabilarse, a sus inmaduros pulmones a desentumecerse, a la respiración periférica a estabilizarse. Pero ¿qué más da eso ahora? El caso es que no fue así, y Yaiza dejó de respirar.

Naturalmente, la matrona me la quitó de los brazos y corrió a reanimarla. Yo quise tirarme de la camilla, pero en aquella época ataban los tobillos y eso, esa vejación tan obvia y, sin embargo, tan universalmente aceptada, me impidió ir tras mi hija.

Yaiza volvió a respirar, pero cuando, pocas horas después, el pediatra le hizo el Test de Apgar, el resultado fue un 4 y, como consecuencia, su pronóstico resultó despiadado y concluyente: «*Retraso psicomotor gravísimo*». Y cuando mi marido y yo le pedimos que se explicara nos dijo: «*Para que lo entendáis: la niña será como una bicicleta, mientras vaya por una carretera secundaria, la cosa será aceptable, pero si pretende entrar en una autopista...*». Dejó la frase sin concluir. ¿Para qué, si ya habíamos comprendido?

Yo, en aquel momento, acababa de cumplir 24 años. La juventud está hecha de inexperiencia e ignorancia, pero esa impericia es también la esencia del atrevimiento con la que se acometen las acciones que dan lugar a los milagros. O, dicho de otra manera: yo, sencillamente, me negué a creerlo. No porque fuera inculta, tonta o ciega, sino porque algo en mi interior, un algo a lo que nunca puse nombre y algunos han dado en llamar “coraje”, no veía nada claro que el diagnóstico del pediatra, por experto que fuera, tuviera que ser vinculante.

Es curiosa la forma en que, a veces, la mayor sabiduría se cuele entre los casi invisibles resquicios que deja la ignorancia. Porque desconocimiento, inexperiencia y sumisión al paradigma científico, por muy rimbombante que suene, fue lo que me llevó a someterme al consejo de mi ginecólogo, según el cual, yo debía empezar a tomar la píldora anticonceptiva a los 45 días de dar a luz para evitar un nuevo embarazo que perjudicara mi salud.

—Es que yo creo que la *Neogynona* me corta la leche —sugerí, timorata, aludiendo a la experiencia con mi primera hija.

—¡Qué tonterías dice, señora! —me respondió, rotundo, el doctor Hernández.

—Pero es que cuando nació mi hija Sara yo tenía mucha leche, como ahora, y en cuanto comencé a tomar la píldora, dejé de tener...

—Ustedes las mujeres se creen que lo saben todo. Le aconsejo que tome la píldora si no quiere quedarse de nuevo embarazada.

¡Vaya bombazo machista!... que yo dejé pasar, acogotada por el respeto debido a la ciencia. Y me la tomé. Porque era joven, porque era tonta, porque respetaba la autoridad y la sapiencia científica. Pero ¡oh cosas de la vida!, apenas unos lustros después, la ciencia médica ya había comprobado que la toma de anovulatorios cortaba la producción de leche materna.

La cosa no hubiera tenido mayores consecuencias de no ser porque Yaiza, que en un mes había engordado quilo y medio, solo a base de pecho, al secarse la fuente, dejó de comer, rechazó los biberones y adelgazó tanto que rozó el raquitismo. Solo a base de la paciencia y las

atenciones de su abuela Rogelia, que comenzó a alimentarla como si fuera un pajarito, con trocitos de fruta, de jamón york, de quesitos y, poco a poco, cucharaditas de papilla, puré... solo así salió adelante Yaiza.

Dos errores médicos a los que me sometí porque mi juventud y mi ignorancia no me permitieron hacer otra cosa. Pero a lo que sí me negué es a aceptar que Yaiza era especial, y que, como consecuencia, había que tratarla de forma diferente.

Después, muchos años después, me he dado cuenta de que esa es la fe que mueve montañas de la que se habla en el evangelio, porque la fe no consiste en creer lo que no se ve, sino en hacer realidad aquello en lo que se cree. Y esa realidad no puede evidenciarse más que a partir de la certeza más absoluta. La certeza de que mi hija nunca sería una simple bicicleta compitiendo con automóviles de lujo; de que la inteligencia de mi hija, grande o pequeña, no tenía límite y de que, en todo caso, cualquier límite siempre puede traspasarse, de una manera u otra. Y, desde luego, la certeza de que no sería yo quién, por miedo, estableciera esos límites.

Cuando Yaiza tenía 4 años, en el colegio, una psicóloga cuyo nombre no recuerdo y, de recordarlo, tampoco mencionaría, para no avergonzarla, y a la que el mejor calificativo que puedo aplicarle es el de ignorante, me aseguró que el cociente intelectual de mi hija era 0. Así, como suena: 0. Le respondí que los únicos seres humanos susceptibles de tener un cociente intelectual 0 son los cadáveres y que me llevaba a mi hija del colegio por razones que, esperaba, fuera lo suficientemente inteligente para comprender sin necesidad de más explicaciones. Justo en esos años se había instaurado en la enseñanza pública española el llamado Plan de Integración, en el que cada clase incorporaba dos niños con necesidades especiales. Yaiza se acogió a él. En 5º de EGB, su tutora me advirtió de que la inteligencia de la niña no daba más de sí. Yo le respondí, con palabras mucho más educadas, desde luego, que «*mis cojones 34*» — perdóneseme la grosería—. Mientras sus hermanos salían adelante por su propio esfuerzo, Yaiza y yo nos pasábamos las tardes jugando a ser John Smith y Pocahontas para recorrer sobre un globo terrestre, la ruta del descubrimiento de América; o poniéndole música a las lecciones para aprendérselas cantando; o buscando complementos para los bolígrafos que le permitieran mejorar la estética de su caligrafía. Yaiza aprobó todas las asignaturas de 8º de EGB. Y su tutora volvió a citarme al despacho para sugerirme que la dejara estar ya porque había llegado a tu tope intelectual. Esta vez mi educada respuesta elevó el número de cojones a 48. Y Yaiza se matriculó en un módulo de Formación Profesional de Administración que sacó con el

esfuerzo de todos, pero, sobre todo, con el suyo propio. Y después aprobó el módulo de Jardín de Infancia.

Los verdaderos problemas de Yaiza comenzaron cuando tuvo que salir al mundo a buscar trabajo. No los hay —o, al menos, no los había entonces— para personas con límites intelectuales, más que en Centros especiales de empleo: jardinería, lavandería, etc., en los que, lamentablemente, se daban cita los elementos más “granados” de la sociedad inmigrante, inculta y/o desarraigada, adolescentes que no son acogidos en otras ocupaciones. Y allí sufrió insultos y vejaciones por el exclusivo motivo de, a pesar de su discapacidad, tener un nivel cultural que el resto de alumnos no tenían, lamentablemente unido a un nivel de inteligencia emocional que no le permitía enfrentarse con éxito a esos insultos. Como consecuencia, con 24 años, Yaiza sufrió un brote psicótico que la llevó a escaparse de casa.

Fue la Guardia Civil la que la recogió, descalza y en pijama, a 8 kilómetros de casa, huyendo porque, según afirmaba, sus padres querían matarla y ya habían matado a su hermana gemela. La llevaron a las dependencias de Servicios Sociales, dónde, en vista de las afirmaciones de la niña y, a pesar de conocernos, no nos dejaban acercarnos a ella. Se interpusieron para alejarme, cuando yo intentaba abrazarla. Pero, a veces, el dolor se transforma en arrojo y te lleva a hacer y decir cosas que, en circunstancias normales, no harías.

—Yo no llevo 25 años dedicada en cuerpo y alma a mi hija —le aseguré a la asistente social que me empujaba—. Como para que ahora seas tú quién se arrogue la autoridad de decirme si puedo o no acercarme a mi hija. Quítate de delante si no quieres que te quite yo.

Los guardias civiles, aún presentes, me miraban recelosos, pero me dejaron hacer; y mi mirada, más que mis palabras, debió convencer a la asistente de que no hablaba en broma, así que acabó apartándose. Y mi hija, que al principio parecía tenerme miedo, cuando me vio acercarme a ella con los brazos abiertos, se me abrazó y empezó a llorar. Los “vigilantes” se distendieron y la Guardia Civil nos llevó al hospital.

Ahí empezó un duro periplo que duró más de dos años: diagnósticos equivocados, recetas y tratamientos desacertados, desatención y falta de respeto a los derechos del paciente por parte de la psiquiatra de la seguridad social. Una etapa que acabó con una denuncia al Defensor del paciente, una amonestación a esa psiquiatra y la búsqueda de otro profesional en la práctica privada que, en 15 días, con un nuevo tratamiento, estabilizó a mi hija e hizo que dejara de tener alucinaciones y de pensar que la queríamos matar.

Y entonces fue cuando llegó lo peor, porque Yaiza comenzó a ser consciente de su desgracia y a amenazar con suicidarse. Esa amenaza comenzó a cronicificarse y, dado su estado de paranoia, tenía muchos visos de convertirse en realidad, pero también de transformarse en una herramienta de manipulación emocional. Así que uno de esos días en que volvió a amenazar con suicidarse, cansada de tener miedo, me senté con ella y le dije:

—Mira hija, hablemos claro, yo soy la madre que te parió, yo te di la vida y deseo sobre todas las cosas que seas feliz, pero no puedo obligarte a serlo. Tampoco puedo obligarte a vivir si tu no quieres. Así que toma una decisión. Si eliges vivir, yo te ayudaré siempre. Si eliges morir, piensa como vas a hacerlo, no sea que solo te causes sufrimiento. Pero, decidas lo que decidas, nunca, ¿me oyes bien?, jamás vuelvas a amenazarme con suicidarte. ¡Nunca! Porque, por mucho que te quiera, eso es una manipulación emocional a la que no pienso someterme.

Mi madre, que escuchaba detrás de la puerta, se asustó muchísimo al oírme decir aquello. Yo misma estaba aterrorizada. Las lágrimas se escurrían de mis ojos sin pedir permiso y sin que un solo gemido se escapara de mi boca. Pero el terror no me impidió hablar con sinceridad y lo cierto es que, sea por lo que sea, quizá por ese poder de generar realidad que tienen las palabras, cuando están respaldadas por el sentimiento, mi hija jamás volvió a amenazarnos con suicidarse.

Hoy Yaiza tiene 44 años. Es una adulta consciente de tener ciertas limitaciones que debe seguir esforzándose por vencer, pero capaz de cuidarse a sí misma, de llevar a cabo con eficacia las tareas domésticas, de cuidar los animales de otras personas, desarrollando con ello no solo su sentido de la responsabilidad, sino también su empatía, y sintiéndose útil en el mundo.

Yaiza ha aprendido a aceptar los retos de la vida como a maestros que la estimulan a aprender las lecciones pendientes si quiere pasar de curso. Yaiza tiene un carnet que la define como discapacitada psíquica y dictamina su grado de discapacidad en un 65%. Pero sabe que eso solo es un trozo de plástico y una cifra que le da ciertas ventajas sociales, pero en ningún caso la exime del esfuerzo diario de superación personal.

Y todo porque una madre joven e inexperta, sin saberlo, puso en marcha un mecanismo que hizo que la montaña que iba a impedir el desarrollo de su hija, se moviera, gracias a la creencia absoluta de que podía hacerlo; gracias a que no se avino, en ningún momento, a tratarla de forma diferente, a considerarla menos valiosa o menos capaz por tener un CI más bajo y una enfermedad psíquica. Y, sobre todo, gracias a un espíritu fuerte y luchador, capaz de afrontar grandes dosis de frustración y dolor, sin dejarse derrotar por ellos: el de Yaiza. Esta es la historia de su milagro.